

**ANÁLISIS DEL POEMARIO:
PASEO CON MI NIÑO POR MI TIERRA-ISLA**

Cynthía Morales Boscío

Sonia Miranda, a través de su poesía, busca adentrarse en las profundidades de nuestra condición humana para darnos su esencia inmaterial. Su poesía es búsqueda continua de unidad espiritual, búsqueda de eternidades, de trascendencia y de sublimación del alma humana.

Contrario a su anterior poemario, en *Paseo con mi niño por mi Tierra- Isla*, su poesía parte no del Hombre, sino del niño. Esto no es casualidad. Mirar al niño nos devuelve al principio, a la esencia, a la humanidad perdida. El hombre en ciernes, el niño de Sonia y en él todos los niños del mundo, es el custodio de la sabiduría humana que se pierde en la adultez. Ellos, incontaminados de la fatuidad adulta, están llenos de principio, de confianza, de aventura, de alegría, y de ganas de vivir.

Decía Nietzsche que “*La madurez del hombre consiste en hallar la seriedad que de niño ponía en sus juguetes*”. El hombre adulto muchas veces se deja arrastrar de nervios, de tensiones. Vive devorado por la prisa; no sabe conversar sin discutir; le atenazan la angustia y la incertidumbre. Diariamente periódicos, radio, anuncios, televisores, llenan su alma de ruido y de inutilidad. Apenas queda en el alma adulta espacios verdes en los que respirar.

El adulto ha perdido su capacidad de asombrarse ante la maravilla de vivir. El niño, sin embargo, se extasía con las pequeñas

cosas que ve por primera vez. Para el niño no hay acontecimiento
nimo. Todo lo que ve es motivo de prodigio. Para él lo ordinario, lo
sencillo, es lo extraordinario. El adulto, en cambio, se acostumbra a
mirar, poco a poco se enreda en la vorágine del deber y del trabajo y
se va olvidando de que existe. Deja de estar consciente de que la
vida es sólo un “intervalo” como dice Sonia, y de que cada instante
debe ser vivido con la intensidad precisa de saber que somos
solamente eso, un instante. Sonia, en el poema Intervalo parece
estarle hablando a ese hombre que ha dejado de vibrar con la vida,
que ha dejado de ser;

Déjame llorar en este momento
en el que la vida parece ser un intervalo muy breve
entre la nada y la muerte.

Déjame agarrar ese último instante
de mi cuerpo acostado en mis valles.

Déjame creer que el parpadeo
de esas luces fulgentes
no son otra cosa que el aviso
de un niño que en ti ya no muere.

La poetisa se resiste a aceptar la cosificación humana, quiere
devolver a la vida al niño escondido. Para esto, inicia su libro con
una indagación de su ser interior en el poema “Ave mujer en vuelo”.

Me miro muy adentro.
Imagen de mí misma
desnuda y tan quieta,
alargada de versos,
desnuda de olvidos,
vestida de silencios.
Adentro de mí misma.
En busca de imagen

que desdoble el paisaje
de aquello que florece
y pronto se marchita
en mi desnuda carne.
Desarropada de islas,
a encontrarme de frente
con el carnal combate de callados amantes;
a descubrir reflejos
de siluetas en vuelo
ceñidas por deseos
sin ruta y sin ropajes.
Y tan solo encuentro
ave mujer en vuelo
transparente en el aire,
desplegadas sus alas
sobre amaneceres
y distancias a rayas,
llevando en su pecho
niño azul oculto
en palabra inexacta...

En ella su alma se haya “desnuda de olvidos” y “vestida de silencios”. Está en busca de una “imagen que desdoble el paisaje de aquello que florece y pronto se marchita”. Su ser se siente insustancial ante la conciencia de lo efímero. Sin embargo, algo encuentra, ella es “ave mujer en vuelo transparente en el aire”. Ante la aparente inutilidad del ser está la esencia, aquello impalpable, que busca trascender al espacio inmarcesible. Y esa esencia lleva “niño azul oculto en palabra inexacta”. Aquí comienza precisamente la clave de lo que será todo el poemario. Del niño hay que partir si se quieren encontrar las eternidades del ser.

Pero ese niño interior no lo encuentra en ella misma, sino en los otros, sus sobrinos. En su tierra-isla, que no es otra cosa que su ser interior en que cohabitan formándola y transformándola todos aquellos niños que han marcado su vida.

Con ellos aprende del vivir despierto y de la curiosidad ante lo incognoscible.

Eras puro monte verde,
dulce como sus frutos
curioso en la búsqueda
de la eternidad de sus misterios...

En otro poema alude a la capacidad de asombro del niño y a su confianza ciega.

Así mi niño
Se posaba en mi pecho.
Me miraba con ojos
color de asombro.
Mi voz se quebraba
en historias inventadas.

Para él
todas eran ciertas.
Es que así
era la inocencia
de mi niño
en aquel memorable,
lento, lejano monte
de mi tierra- Isla...

El niño cree, no necesita explicaciones, cree sin reservas, acepta porque sí. Sólo en la adultez se nubla el entendimiento, se

necesitan razones para lo eterno. El adulto subordina el corazón a la cabeza, el niño sólo sabe ver con el corazón.

Por eso es el niño el único capaz de ponernos en contacto con las preguntas fundamentales de la existencia humana, aquello por lo que vale la pena ocuparse, (Como en este poema esta niña le pregunta a su tía):

¿Qué es el alma?- preguntabas
al decirte cómo te amaba...

Con el alma te arrullaba
entre mil sábanas de albas
y almohadas del color
de tus ojos avellana.

Atender al niño es crear en cada espacio los mejores contenidos poéticos de su natural imaginería

¿Te acuerdas de aquella historia
de nubes que lloraban
al chocar entre sí sus nostalgias?
Solías decir que lloraban
por tomar el biberón.
Yo me reía de tu inocente razón.

Su poesía parte de un pensamiento en tinieblas “Ese cielo negro es trasfondo del pensamiento”, sin embargo prefiere no hablar de él. Quiere mejor hablar de palabras que “nazcan del alba”. Reconoce que sólo somos configuraciones de tiempo evanescente, pero sabe que no habremos de disiparnos si sabemos mantener la calidez del alma,

Eres vástago milenario
con ojos repletos de eternidad

en el destierro de mis huesos desolados.
Ojos repletos de espiga y tiempo
que almacenan la eternidad perdida
de mi propio cuerpo.

Por más que la voz poética crea y espere la eternidad, por
tiempos, sin embargo, se pierde en el laberinto de la vida donde a
veces se mira en penumbras y por tiempos se siente el abandono o la
falta de cobijo,

Quizás a recibir vuelva semillas del amor humano.
Y en el laberinto envenenado
de una multitud de hombres sin abrazos,
espero no perderte
y estallar al fin en llanto.

El niño en ella por tiempos envejece y no puede evitar la
sensación de angustia ante el espectáculo de su condición, el
absurdo de nacer y el absurdo de morir,

Momento difícil.
He de cruzarte de esta ribera
(la de lisas rocas, de ranas y abejas)
a esa otra ribera que no comprendo
(la del cielo negro y jardines sin dueño)

Por tiempos también siente morir,

Estoy muriendo en la tarde azul del tiempo:
presentimiento de lágrimas tardías
y una tristeza tras los ojos del viento
que ya no armoniza siquiera
con el último dolor de la agonía.
¿Dónde estarán las voces del sueño
en los que vi nacer engendros de espera?
Allá van sus frases con luces del día
a cuestras sobre mi silenciosa entrega,

silencio que llora como un niño
que engendra este amanecer oscuro
sobre espuma y arena.

Del otro lado del misterio hay un “amanecer oscuro”. No se sabe con certeza a dónde amanece la muerte. Por eso el ¿quién soy? Para ella se convierte en “realidad no compartida donde lo que es y lo que ha sido se conjugan en una sola voz detenida entre lo insólito y la eterna lágrima de Dios”. El ser humano se desvanece al contemplarse ante el espejo de la eternidad sin facciones. Sin embargo, no se esfuma y su vida cobra sentido solo por y en el encuentro humano,

Me miro dentro de mí misma.
Y ahí estás tú,
Arrullándote yo, íntima,
Sobre el lecho de mi tierra-isla.
(Y te incubo, vientre adentro,
para que crezcas vertical
desde mi encuentro).

En este poema la palabra “tú” es fundamental. Parece decir “soy por ti” “soy por mis sobrinos y por todo aquel que ha permitido nutrir mi espíritu”. Su lección es clara, no somos nadie en soledad y el sentido de la vida se adquiere en el encuentro. Y el encuentro para la voz poética está “vientre adentro”. Más allá de la simple mirada se da el abrazo de almas reparando en lo profundo. Entonces el tiempo, se convierte en espacio que está todo hecho de eternidades que son repeticiones y que no acaban nunca.

Por eso al otro lado del misterio ella volverá a ser,

Volveré a ser paloma, espuma,
mar o piedra; o acaso
el solitario nombre de la duda
trenzado al silencio
de una canción lejana y oscura.

Volveré a ser distancia,
ave que irrumpe llantos
a la hora del alba,
ese momento del inconcluso verso
y la palabra inexacta
que se destierran
en los pliegues de mi piel desnuda
a la hora de la nostalgia...

Volveré a ser paloma o espuma,
mar o piedra;
Canción lejana y oscura
con el triste nombre de la duda,
trenzada al silencio,
retornando a la distancia,
desterrada en la piel
de todas mis nostalgias.

Aunque por tiempos sus poemas se vuelven metafísicos, sus palabras son más bien una exaltación a la Vida. La vida siempre en presente para que no se pierda el acontecimiento. “Deja que Rocinante nos lleve por los caminos del hoy y el siempre. (Yo detendré el tiempo en mis manos llenas de presente)”. Pide habitar el presente, para que ante nuestros ojos todo siempre pase como por primera vez. Sólo así revalorizaremos cada instante para que trascienda en el tiempo y roce la eternidad.

Aunque los acontecimientos que plasma en sus poemas parezcan pequeños, la atención y el cariño que les da, hacen que entrecruzados esos eslabones, la vida adquiera sentido y con ellos su poesía y su vida constituyan una obra de arte.

Horizontes es la Revista de la Facultad de la Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico. Los lectores pueden imprimir, bajar el contenido o enviarlo por correo electrónico para uso individual. No se autoriza el uso comercial del mismo. Se solicita que citen correctamente los datos bibliográficos de cada artículo de acuerdo con un manual de estilo. Para su conveniencia incluimos los dos formatos mayormente utilizados en el mundo académico.

Referencia bibliográfica del artículo (según APA):

Morales Boscio, C. (2006). Análisis del Poemario: Paseo con mi niño por mi Tierra-Isla. *Horizontes*, 48(94), 49-57. Recuperado de <http://www.pucpr.edu/hz/087.pdf>

Referencia bibliográfica del artículo (según MLA):

Morales Boscio, Cynthia. "Análisis del Poemario: Paseo con mi niño por mi Tierra-Isla" *Horizontes* 48.94 (2006): 49-57. Horizontes. 3 Sep. 2009 <<http://www.pucpr.edu/hz/087.pdf>>

Las referencias anteriores se basan en los siguientes manuales de estilo:

American Psychological Association. (2010). *Publication manual of the American Psychological Association* (6th ed.). Washington, DC: The Author.

Gibaldi, J. (2009). *MLA handbook for writers of research papers* (7th ed.). New York, NY: Modern Language Association of America.